

Dolores Castro:

lo que vuela, la ceniza,
el muro, el viento, el pájaro, el olvido

Brenda Ríos

Fotografía: Pascual Borzelli Iglesias



LA POESÍA MEXICANA ES UNA ESTALACTITA, pegada al techo e inclinada hacia algún destino allá abajo que sólo ella ve; una piedra con tantas formas de ese mundo subterráneo de fantasmas, presencias alucinantes, o convertida en una nube rocosa que es sólo eso: nube. La masa compacta para galletas, esa podría ser la imagen más cercana cuando pienso en la poesía reciente. Una gran broma, un catálogo de notas al pie sobre sucesos varios, una serie de puntadas simpáticas, eso es lo que leo en las revistas y periódicos, una generación hueca pero relajada, suave y mantequillosa.

Aún más: entre lo meloso, lo cursi, lo filosófico, lo metafísico, la poesía escrita por mujeres nos deja a veces la sensación de lo inacabado, del azúcar extra que nadie pidió, del erotismo tímido de señoritas de convento. Dolores Castro, a sus 92 años, no escribe así, atormentada del claustro o saltando del cuerpo —recién hecho, recién descubierto: abierto— porque alguien tiene que nombrarlo, ni viene con el catolicismo a cuestras; no explota la vena adolorida de las drogas acometidas a mitad de la noche, con la música a todo lo que da. Su poesía intima silencio e intuición: una empatía que a uno lo regresa transformado de ese lugar, cualquiera que sea: uno vuelve mejor, más ligero, menos apesadumbrado, más corajoso. Sus versos quedan en la boca del otro con ganas de nombrar eso que dicen pero también lo que el otro lleva consigo. Algo le faltaba aún por surgir a la poesía del pasado siglo y de éste: algo de un tiempo nuevo: lenguaje de todos, esa poesía *es* y revela; en un país arrobado por el cinismo de sus poetas, hallar la voz honesta y clara asusta porque sospechamos del truco, la farsa. Nuestros ojos han sido maleducados, traviesos, lectores de ironías y sarcasmos que nos reflejan, que hablan de nuestro mundo. Aun así, hay quien se atreve y presenta —nos da en el presente, este presente— una escritura del cuerpo, de la luz, de la naturaleza y del sentimiento que no sufre, no agoniza, sólo está ahí para recordarnos que el cuerpo vive, y se quema, y, una vez hecho polvo, también tiene nombre. Ceniza. Ceniza, ceniza verdadera, polvo de resurrección, aliento del Dios invisible mas católico que lo ve, nos ve, y acecha.

Para lectores ateos es un dios tan simple y básico que podemos comprenderlo, seguirlo, imaginarlo en alguna parte: forma parte de la luz y del día.

Amo, vida, la fuerza cotidiana
en tu raigambre, fruto de ceniza,
y la sed desprendida de la lucha
que has vencido,
al vibrar como fuego en un instante.
Te amaré como agujas de mis huesos
cuando rompan
esta dulce prisión de fuego y carne
y te amaré en la mano que retuvo
la ceniza caliente de otra sangre,
y en lo que fue constante afirmación
de nuestra estancia.

La ceniza es el polvo en el poema pero es ceniza, muestra del fuego que había en el sitio, como es el cuerpo mismo: fuego y carne. ¿Acaso no es el sitio de epidermis de *Muerte sin fin*? El cuerpo-prisión, cuerpo-jaula, cuerpo de frontera y goce pero a la vez otra cosa: es el amor que consume desde adentro y quema sin destruir, fuego inocente, fuego de vida. La otra persona estuvo ahí, en ese cuerpo que ahora resucita y es otro.

Dolores Castro es poeta de la luz, de la luz del día para ser específicos, poeta de la expectativa, del día presente y del día siguiente. Sin el optimismo hueco, sin lo fácil, dice lo que se presente, y el presentir es un júbilo no carente de batallas: presencia de lo luminoso es que todas las cosas se ven claramente:

Todo está bien:
no mintieron los rostros de las cosas,
sólo sabían brillar
en su secreta forma de caer,
sólo sabían decir:
es así, así es,
mientras acrecentaban su caída,
se hacían ovillo,
y en su acomodo hablaban en voz baja
de lo que hubieran querido ser.

Las cosas son visibles, entonces las formas del día lo son, y las nubes y el agua, y el fuego que no quema: alumbrada de otro modo. Las cosas en su afán de vida extrema hablan y caen, tienen miedo, aspiran otra existencia: quieren ser lo que no son. Ese silencio las protege. La poeta es el ojo que mira, el oído que escucha lo que está frente a sus ojos y lo que no es visible: el cuerpo recibe y ofrece, el cuerpo es espacio de construcción y de transformaciones naturales: ella es el ave, la tórtola, el pájaro, el río; ella, la voz, es todo.

soy el barro que guarda
este pájaro herido en la caída;
soy el caído pájaro que canta
en su dolor y en sus limitaciones;
soy todo lo que vuela, la ceniza,
el muro, el viento, el pájaro, el olvido.

La escena poética es final, no sabemos qué sucede antes, no importa. Ha llegado y en ese instante todo toma lugar: las cosas, alumbradas, suceden. El pájaro es vuelo pero es canto pero es animal herido. Así, el animal que cae puede ser más que un fracaso y muerte; en él está lo otro: el renacer del que muere y regresa a su origen, el material antes de ser materia.

Porque el silencio es sembrador de espuma
sobre el haz de las cosas;
en su pausada siesta, mis oídos
florecerán hundidos,
y ya pronto,
tórtola abandonada al corazón,
dando pequeños saltos de ceniza
en su gris perecer, doblando el cuello,
ha de saltar eternamente siervo
sobre la yerba humilde.

La joven poeta de 92 años habita este tiempo que es nuestro, de ella y mío. Su obsesión de la ceniza me recuerda la de otro poeta del siglo XIII, Omar Khayyám, sobre el vino, el cántaro de barro que sostiene tanto al

vino como a las cenizas que él será después. Debemos cuidar el polvo que pisamos en el camino —escribe— pues está hecho de personas muertas que volvieron a él: polvo ceniza; camino humano. Tal vez en el siguiente paso, debajo de uno, habría estado el hermoso ojo de alguna doncella. Khayyám pedía ser colocado, una vez muerto e incinerado, en esas vasijas en su taberna favorita, para vivir siempre ahí, y, una vez hecho ceniza, contener para siempre al vino. Poema-plegaria que no sé si fue atendida o quizá volvió al polvo eterno y móvil del desierto. Afirma Dolores Castro:

Y cuando de nosotros
no quede ya en la tierra
más huella que la ardiente de tu estancia,
volveremos al polvo
que al cubrir este canto
lo perderá en la noche de su huella.

Todo antes del polvo, ardía. La noche cierra lo que una vez fuimos, cubiertos de oscuridad nos apagamos para siempre. Nos puede salvar lo que nos ha transformado por dentro, nos puede salvar de nosotros. Finalmente, ser polvo no es más que movernos en otra dirección, no es morir; crepitar de otra forma: la llama duerme y en ese sueño aprendemos lo que se aprende de las cosas, de la luz, de la intimidad. La poesía es un trabajo de pensamiento, pero ese pensamiento es doble: no puede ser claro todo el tiempo aunque se pretenda; para que la luz funcione de mejor manera se necesita el contraste. Adentro de cada uno, dice la poesía, hay luces, sombras y defectos de intensidad: ¿qué queremos hacer con esa luz? ¿Qué significa que podamos encendernos de pronto en la habitación? ¿El deseo, la sed, la gana de dormir muy cansadamente, la fatiga de ese amor tal cual es, no son maneras de la luz? ¿La luz en demasía no enceguece? Conviene esperar, parece decir la poeta, conviene porque nos espera algo y ese algo viene de muy atrás y de muy lejos para mostrarse sólo a nosotros, bajo la luz de esta hora precisa, con estas mismas palabras y no otras. 